



POST-CRECIMIENTO Y BUEN VIVIR

Propuestas globales para la
construcción de sociedades
equitativas y sustentables

POST – CRECIMIENTO Y BUEN VIVIR

Propuestas globales para la construcción
de sociedades equitativas y sustentables

© FRIEDRICH-EBERT-STIFTUNG (FES-ILDIS) ECUADOR
Av. República 500 y Martín Carrión, Edif. Pucará
4to piso, Of. 404, Quito-Ecuador
Telf.:(593-2) 256 2103
Casilla: 17-03-367
www.fes-ecuador.org
www.40-fes-ildis.org

 Friedrich Ebert Stiftung Ecuador FES - ILDIS

 @FesILDIS

Para solicitar publicaciones:
info@fes.ec

Coordinador: Gustavo Endara

Autores: Carlos Larrea, Koldo Unceta, Alberto Acosta, Stefan Peters, Hans-Jürgen Burchardt, Mirta Antonelli, Ana María Larrea, Camila Moreno, Andrés Arauz, Pablo Stefanoni, David Cortez, Silvia Vega

Edición: Andrea Carrillo

Diseño: graphus® 290 2760

Impresión: Gráficas Araujo

Tiraje: 1.500 ejemplares

ISBN: 978-9978-94-146-1

Primera edición, diciembre 2014

Impreso en Quito-Ecuador

El uso comercial de todos los materiales editados y publicados por la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) está prohibido sin previa autorización escrita de la FES.

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente las de la Friedrich-Ebert-Stiftung.

Contenido

PRESENTACIÓN Anja Minnaert 5

INTRODUCCIÓN Gustavo Endara 9

POST-CRECIMIENTO Y POST-EXTRACTIVISMO 17

- **Carlos Larrea** Límites de crecimiento y línea de codicia: un camino hacia la equidad y sustentabilidad 19
- **Koldo Unceta** Post-crecimiento y desmercantilización: propuestas para el buen vivir 59
- **Alberto Acosta** Post-crecimiento y post-extractivismo: dos caras de la misma transformación cultural 93
- **Stefan Peters** Post-crecimiento y buen vivir: ¿discursos políticos alternativos o alternativas políticas? 123
- **Hans-Jürgen Burchardt** Neoextractivismo y desarrollo: fortalezas y límites 163
- **Mirta Antonelli** Violencias multiescalares del (neo)extractivismo minero. Para las ruinas del futuro 205

BUEN VIVIR 235

- **Ana María Larrea** El buen vivir como alternativa civilizatoria 237
- **Camila Moreno** Des-desarrollo como antesala para el buen vivir: repensar la civilización de occidente 255
- **Andrés Arauz** Post-crecimiento y buen vivir: las relaciones de poder del crecimiento para el buen vivir 273
- **Pablo Stefanoni** El vivir bien: proyecto alternativo o compensación discursiva ante los males del capitalismo contemporáneo 289
- **David Cortez** Genealogía del sumak kawsay y el buen vivir en Ecuador: un balance 315
- **Silvia Vega** Sumak kawsay, feminismos y post-crecimiento: articulaciones para imaginar nuevas utopías 353

POST-CRECIMIENTO Y DESMERCANTILIZACIÓN: PROPUESTAS PARA EL BUEN VIVIR

Koldo Unceta*

Introducción

Una economía de mercado es un sistema económico regido, regulado, y orientado únicamente por los mercados. La tarea de asegurar el orden en la producción y distribución de bienes es confiada a ese mecanismo autorregulador. Lo que se espera es que los seres humanos se comporten de forma que puedan ganar el máximo dinero posible. Tal es el origen de una economía de este tipo.

Karl Polanyi (1944)

Hace ahora 70 años, Karl Polanyi, en su famosa crítica del proceso de mercantilización forzosa de la sociedad, planteaba así la esencia de la economía de mercado (no confundir con

* **Koldo Unceta (España):** Es catedrático de Economía Aplicada en la Universidad del País Vasco. Promotor del Instituto Hegoa, del que fue director desde su fundación en 1987 hasta el año 2000. Actualmente es investigador principal del Grupo de Investigación sobre Políticas de Desarrollo y Cooperación, habiendo dirigido en los últimos años distintos proyectos de investigación sobre estas temáticas. Miembro de diversas asociaciones y redes internacionales, así como del consejo editorial de varias revistas especializadas. Ha impartido docencia como invitado en universidades de distintos países, y es autor de más de 50 publicaciones (libros, monografías y artículos científicos) sobre economía mundial, desarrollo y cooperación internacional.



economía con mercados), a la vez que llamaba la atención sobre las nocivas consecuencias de dicho proceso. Hoy, bien entrado el siglo XXI, se conoce hasta qué punto la mercantilización ha tratado de ser llevada hasta sus últimas consecuencias, poniendo en peligro la convivencia humana y la propia sostenibilidad de la vida. En este contexto, las posibilidades de avanzar hacia el buen vivir, hacia una forma de vida capaz de asegurar una mayor satisfacción humana, basada en la equidad, la cohesión social y la sostenibilidad, chocan abiertamente con la continuada expansión del mercado en todos los ámbitos de la vida.

Por ello, a la hora de reflexionar sobre el buen vivir, es necesario tener en cuenta las características del acelerado proceso de mercantilización que se ha venido imponiendo en las últimas décadas y que ha ido configurando a la sociedad de nuestros días. Se trata de cuestiones que en algunos casos han contribuido a destruir capacidades sociales e institucionales, así como recursos y sistemas naturales, y que, en otros, han supuesto la conformación de nuevos obstáculos para el avance hacia una vida digna, con base en los principios de equidad y sostenibilidad.

Este documento busca explorar algunas propuestas teóricas y metodológicas para la transición hacia un modelo económico y social alternativo, en línea con las preocupaciones presentes en los debates sobre el buen vivir. Durante los últimos años han habido numerosos trabajos que han explorado diferentes aspectos de las propuestas relativas al buen vivir, algunos de los cuales se han detenido a estudiar los vínculos existentes entre las mismas y otras cuestiones de la crítica al desarrollo como son los debates sobre crecimiento y decrecimiento. Algunos textos han abordado también el complejo asunto de la transición (o las transiciones) desde un modelo socio económico como el actual hacia otro más en sintonía con la idea del buen

vivir, pero lo que aquí se tratará es de ahondar en dicho debate desde la perspectiva de la desmercantilización, proponiendo una mirada hacia el buen vivir basada en su desvinculación de la noción de crecimiento, y examinando al mismo tiempo algunas ideas que pueden ser de utilidad para avanzar hacia un escenario de post-crecimiento.

Mercado, crecimiento y buen vivir

La cuestión del crecimiento económico ha sido el centro de todas las estrategias de desarrollo propuestas desde el pensamiento oficial a lo largo de los dos últimos siglos al tiempo que se ha ido convirtiendo en la base principal desde la que se ha producido la ampliación permanente de la esfera del mercado. La defensa del crecimiento ha descansado sobre algunas cuestiones principales, como son la apelación a las necesidades humanas y al imperativo de producir más para poder satisfacer las mismas, o al requisito de crear más empleos a través del crecimiento para incrementar las rentas de la población. Por otra parte, la fácil adaptación del PIB/hab., como elemento simplificador de la compleja realidad económica, ha sido un factor determinante a la hora de consolidar su posición como referencia del pensamiento económico convencional lo que, a su vez, ha servido a muchos como coartada para evitar los debates sobre la distribución desde la falacia de una tarta en continua expansión (Unceta 2012: 85-96).

A pesar del lugar central que la defensa del crecimiento ha llegado a alcanzar en los debates sobre el desarrollo, la historia del pensamiento económico da cuenta de la existencia de numerosas objeciones hacia esta cuestión, bien apuntando a la inconveniencia de mezclar crecimiento y desarrollo como si fueran la misma cosa, o bien planteando algunos problemas



más específicos como la inviabilidad y/o la inestabilidad de un modelo sustentado en el crecimiento. En realidad, la crítica del crecimiento como un fin en sí mismo, capaz de asegurar por sí solo el bienestar humano, se enlaza con planteamientos muy antiguos como los del propio Aristóteles, para quien “la riqueza no es el bien que estamos buscando, ya que solamente es útil para otros propósitos y por otros motivos”, cuestionamiento que posteriormente ha estado presente en las reflexiones de un gran número de economistas. A este respecto, son muy conocidas las posiciones defendidas ya en 1857 por Stuart Mill sobre el estado estacionario, al señalar que “una condición estacionaria del capital y de la población no entraña el estancamiento del progreso humano” ya que “el ámbito para el desarrollo de todos los tipos de cultura mental, y de progreso social y moral, sería tan amplio como siempre”.

62

Más recientemente, Amartya Sen se ha encargado de recordar el papel meramente instrumental del crecimiento económico al señalar: “aunque los bienes y servicios son valiosos, no lo son por sí mismos. Su valor radica en lo que pueden hacer por la gente o más bien, lo que la gente puede hacer con ellos” (Sen 1983: 1116). Asimismo, hace varias décadas, un economista del desarrollo tan destacado como Albert Hirshman, llegó a señalar que “la economía del desarrollo debía guardarse muy bien de pedir prestado de la economía del crecimiento” (Hirschman 1964: 42) lo que da buena muestra de las cautelas con las que, más allá del pensamiento oficial, ha venido siendo tratado este asunto.

El objetivo del crecimiento económico y su consideración como un fin en sí mismo ha ido, no obstante, más allá del debate sobre los fines y los medios del desarrollo. A lo largo de las últimas décadas, la defensa del crecimiento ha sido especialmente cuestionada desde dos perspectivas distintas aunque complementarias: por un lado, su inviabilidad, y, por otro, su

calidad de indeseable. En lo que respecta a la inviabilidad, es preciso recordar que la estrategia basada en el crecimiento ha sido apuntada desde la doble existencia de límites sociales y de límites naturales para una continua y permanente ampliación de la producción¹.

A su vez, el carácter no deseable de un modelo basado en el crecimiento económico ha venido siendo planteado por diferentes autores, quienes han subrayado sus elevados costes sociales (Mishan 1989), y/o su controvertida relación con la satisfacción humana², dando lugar a nuevas y distintas aproximaciones al debate sobre el bienestar. Todo ello da buena muestra de que, desde muy diversos puntos de vista, el crecimiento económico ha venido siendo cuestionado, a la vez que se mostraba que el mismo ha generado en ocasiones más problemas de los que debía solucionar, constituyendo una fuente de frustración y malestar para muchas personas.

En las últimas décadas, la oposición a las propuestas del crecimiento ha ido más lejos, asociándose a un cuestionamiento global de la propia noción de desarrollo. En este sentido, los trabajos de finales de los 70 de autores como Castoriadis, Morin, Gorz, Illich, etc., (Attali *et al.* 1979) representaron el inicio de una nueva fase en los debates sobre desarrollo que se enlazarían con algunas críticas a la modernidad, y hacia lo que

1 Los años 70 fueron testigos de la publicación de sendos trabajos pioneros sobre estas dos cuestiones. Por un lado, el de Meadows *et al.* (1972), que planteó los límites ecológicos del crecimiento; y por otro, el de Hirsch (1977), que vino a enfatizar los límites sociales del mismo.

2 Tema tratado entre otros por T. Scitovski (1976),: *The Joyless Economy*. Oxford University Press, Oxford; M. Max-Neef (1994): *Desarrollo a escala Humana*, Nordan-Itcaria, Barcelona; o C. Hamilton (2003). *Growth Fetish*. Allen & Unwin, Sidney.



ella simboliza como referencia o modelo de organización de la vida económica y social. Puede afirmarse que en buena medida aquellas críticas fueron precursoras de las que hoy en día se postulan desde las corrientes post-desarrollistas, que plantean esta doble consideración del crecimiento como estrategia invariable e indeseable al mismo tiempo.

Algunos enfoques del buen vivir participan en buena medida del escepticismo y la desconfianza de estas críticas hacia el crecimiento económico, y plantean la necesidad de estrategias que no descansen sobre el mismo. Además, existe una contradicción que trasciende el plano teórico, y que se expresa en términos sociales en los conflictos surgidos en torno a las prácticas extractivistas que, en nombre del crecimiento, se llevan a cabo en diversos países latinoamericanos³.

Partiendo de las anteriores consideraciones, algunos sectores académicos y sociales han encontrado coincidencias significativas entre algunas propuestas del buen vivir andino y las posiciones defendidas desde la Escuela del Decrecimiento, surgida en Europa, y especialmente en Francia, en la primera década de este siglo⁴. Si bien no es el propósito de este trabajo analizar las coincidencias y discrepancias entre los enfoques del

3 No obstante, para algunos sectores gubernamentales latinoamericanos no existe un conflicto claro entre crecimiento y buen vivir, cuando se plantea el primero como camino para avanzar hacia el segundo.

4 Uno de los textos más representativos de esta corriente es el de Latouche (2006), *Le pari de la décroissance*. Sin embargo, es preciso señalar que, dentro del enfoque del decrecimiento conviven distintas aproximaciones, como la del decrecimiento sostenible defendida, entre otros, por J. Martínez Aller.

5 Para un análisis pormenorizado sobre esta cuestión, véase en Unceta (2013).

decrecimiento y los del buen vivir⁵, conviene señalar que no es en absoluto evidente que la disminución de la producción (y menos aún de su valor monetario) sea *la* condición para avanzar hacia el buen vivir, y para la consecución de una sociedad más sostenible y equitativa. Por una parte, es sabido que hay Estados cuya capacidad productiva debe aumentar para satisfacer algunas necesidades humanas básicas. Pero, en todo caso, no debe olvidarse que el PIB constituye una variable que mide flujos monetarios, lo que hace que su relación con el bienestar sea contradictoria y en todo caso indirecta.

Frente a algunas de estas objeciones, varios defensores del decrecimiento como Aries, eluden la cuestión planteando que, en realidad, utilizan el término decrecimiento como *“palabra obús”*, es decir, como una crítica genérica a la noción de crecimiento, negando que plantee específicamente una disminución de la producción en términos de PIB. Sin embargo, lo cierto es que en diversos lugares del mundo, en donde la gente se ve privada de bienes esenciales, la propuesta de decrecer presenta innumerables problemas de índole política y es escasamente pedagógica, lo que podría derivar en un *“efecto boomerang”* producido por la *“palabra obús”* del decrecimiento. Ello es especialmente relevante en momentos de recesión económica en los que la caída del PIB se asocia al empobrecimiento de amplios sectores de la población.

Estrategias para el buen vivir desde el post-crecimiento

Ahora bien, si el buen vivir no debe asociarse necesariamente a la noción de decrecimiento, ¿qué elementos pueden formar parte de una propuesta hacia el buen vivir que deje de lado el paradigma del crecimiento? El buen vivir debe descansar sobre



una lógica distinta de la del crecimiento –en línea con la idea del post-crecimiento⁶– sin que ello deba necesariamente asociarse con los planteamientos defendidos por la escuela francesa del decrecimiento. Existen dimensiones fundamentales que es preciso tener en cuenta a la hora de plantear una estrategia de esta naturaleza: la desmaterialización, la desmercantilización, y la descentralización.

En primer lugar, se requiere avanzar hacia una *desmaterialización* de la producción, lo que implica una organización de la vida económica más eficiente, basada en un menor flujo de energía y materiales, así como en una clara apuesta por el reciclaje. La apuesta por la desmaterialización parte de asumir que la insostenibilidad del modelo actual está directamente relacionada con la degradación de la base física de la economía, derivada de la abusiva utilización de recursos y de los impactos ambientales generados. Desde esta perspectiva, la clave no estaría tanto en una disminución del PIB (como variable monetaria), sino en la de la cantidad de recursos utilizados para la producción.

Durante las últimas dos décadas, la desmaterialización ha aparecido asociada a propuestas concretas, como las denominadas factor 4 o factor 10, orientadas a incrementar el bienestar reduciendo al mismo tiempo la utilización de recursos⁷. La necesidad de una cierta desmaterialización de la producción ha sido también admitida por algunas instancias

6 Ver a este respecto Hamilton (2003).

7 Los trabajos del Instituto Wuppertal del Clima, Medio Ambiente y Energía de Alemania han sido pioneros en este campo. Es interesante recordar también el tercer informe al Club de Roma, dedicado a esta misma cuestión (Von Weizsäcker *et al.* 1997).

como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) o la Unión Europea, quienes establecieron como objetivo el desacoplamiento del crecimiento respecto de su base física. Algunos autores, como Bermejo *et al.* (2010), consideran, sin embargo, que estos posicionamientos institucionales tienen una escasa credibilidad al plantearse como justificación para perpetuar una estrategia basada en el crecimiento, tratando de aumentar el valor mercantil creado por unidad física de recursos⁸.

En este contexto, es preciso subrayar que las propuestas de desmaterialización, para ser viables, requieren de algo más que simples cambios en la esfera tecnológica, los cuales, aun siendo necesarios, no son en modo alguno suficientes. Se requiere plantear la desmaterialización de la producción en el marco de una propuesta global que implique la propia reconsideración del consumo pues, de lo contrario, la menor utilización de recursos por unidad de producto podría verse ampliamente compensada por el incremento del número de unidades producidas. Además, la disminución del consumo y su vinculación a la satisfacción real de las necesidades humanas, se enlaza con aquellas críticas al desarrollo como un modelo basado en la obligatoriedad de consumir más para seguir el ritmo del conjunto de la sociedad, evitando así la marginación, lo que a la postre ha constituido una fuente permanente de frustración e insatisfacción.

En segundo término, es necesario avanzar en una estrategia de desmercantilización. Se trata de una cuestión directamente vinculada con la reflexión ya realizada sobre el consumo. La

8 R. Bermejo *et al.* (2010): *Menos es más: del desarrollo sostenible al decrecimiento sostenible*. Cuadernos de Trabajo nº 52. Instituto Hegoa - UPV/EHU. Bilbao.



necesidad de entrar en una era de post-crecimiento como marco para cualquier propuesta sobre el buen vivir implica abandonar referencias como el PIB/hab. que vincula el supuesto bienestar de las personas al valor que los bienes alcanzan en el mercado, con independencia de su valor de uso y de su contribución a la satisfacción de las necesidades humanas. Diversos autores han señalado que la reducción de la esfera del mercado puede dar lugar a una mayor eficiencia social y ecológica, y también a una mayor satisfacción personal. También existen vínculos entre las propuestas de desmercantilización y algunas preocupaciones de la economía feminista, relacionadas al tema de los cuidados y la sostenibilidad de la vida. Sobre estas cuestiones, Bonaiuti (2006) plantea centrar la atención en lo que llama “*bienes relacionales*” (atenciones, cuidados, conocimientos, participación, nuevos espacio de libertad y de espiritualidad, etc.) y hacia una economía solidaria, basada en premisas distintas de las que se derivan de la lógica exclusiva del mercado.

La desmercantilización se orienta a reducir la esfera del mercado promoviendo una estrategia múltiple que contemple también otras formas de relación social y de satisfacción de las necesidades humanas. Una cuestión relevante, que afecta directamente a las posibilidades de reducir la esfera del mercado, es la financiarización creciente de la economía, proceso por el cual ha ido ampliándose sin cesar la tipología de productos intercambiables en los mercados financieros al tiempo que ha ido aumentando la intermediación de las instituciones financieras y su intervención en todo tipo de actividades mercantiles⁹.

9 Una buena aproximación a la cuestión de la financiarización puede verse en Martínez (2011).

La posibilidad de promover y abrir camino a otras formas de relación social alternativas pasa, en cualquier caso, por una nueva lectura de conceptos como producción, consumo o trabajo¹⁰, de modo que puedan considerarse estas categorías más allá de su relación con el mercado (producción mercantil, consumo a través del mercado, trabajo como empleo remunerado). Dado que este texto se centra precisamente en la desmercantilización, en el siguiente apartado se volverá sobre algunos de estos asuntos, relacionándolos con las estrategias alternativas.

En tercer lugar, resulta imprescindible vincular el abandono de la lógica del crecimiento –y la necesidad de entrar en una era de post-crecimiento– a la *descentralización* de las actividades económicas y el cambio en la escala de la producción y el intercambio. Ello tiene que ver con la dimensión, el alcance, y las implicaciones que, en términos espaciales, han adquirido las actividades humanas a lo largo de las últimas décadas, proceso que se ha visto fuertemente acrecentado de la mano de la globalización y la desterritorialización de buena parte de dichas actividades. Un asunto que, además, ha llevado a una creciente concentración del poder económico basado precisamente en la idea del crecimiento.

Resulta difícil imaginar avances en la *desmaterialización* o en la *desmercantilización* de las actividades económicas si no se plantea al mismo tiempo la *descentralización* y disminución de la escala productiva. El tamaño alcanzado por los mercados, los requerimientos de materiales y energía que se derivan de las necesidades del transporte a gran distancia, la creciente

10 Ver al respecto, S. Alvarez Cantalapiedra *et al.* (2012: 277-301).



dependencia de recursos externos, la complejidad y sofisticación alcanzadas por las grandes redes de intermediación comercial, o los propios intereses financieros y especulativos asociados a las mismas, constituyen factores que tienden a reproducir y perpetuar la lógica del crecimiento y limitan el posible alcance de estrategias alternativas. Asimismo, la descentralización de las actividades económicas se encuentra en línea con algunas de las cuestiones señaladas en la nueva economía institucional, en el sentido de reducir los costes de transacción fortaleciendo las redes de confianza y la institucionalidad de la vida social.

Además, el tamaño de los mercados y algunos otros de los factores señalados, afectan también a la propia capacidad de las sociedades locales de controlar los procesos económicos. En este sentido, la desterritorialización de buena parte de las actividades económicas y la ruptura del vínculo con los ámbitos de decisión y regulación han provocado una progresiva quiebra de la democracia, así como de las posibilidades de organizar la vida social de acuerdo con los deseos de las personas y con la diversidad cultural de los distintos territorios. Desde ese punto de vista, la apuesta por la *descentralización* no sólo constituye un requerimiento para una estrategia de post-crecimiento sino que representa un elemento básico del buen vivir, ya que resulta muy difícil articular sociedades más solidarias –y mejor integradas en el conjunto de la naturaleza– al margen de las capacidades existentes y de los anhelos de la gente.

Estos tres aspectos –*desmaterialización*, *desmercantilización* y *descentralización*– se encuentran interrelacionados, ya que los avances que puedan lograrse en alguno de ellos repercuten en los otros dos en la estrategia del post-crecimiento y viceversa. Se trata, al mismo tiempo, de cuestiones relevantes para plantear propuestas alternativas de organización de la vida, en línea con los debates sobre el buen vivir.

A continuación, el análisis se centrará en el aspecto de la desmercantilización, con el objetivo de presentar algunas ideas para una estrategia de vida económica y social desmercantilizada y que permita avanzar hacia el buen vivir.

Desmercantilización y buen vivir

Existe una amplia discusión tanto en el ámbito académico como en el plano social sobre el significado y alcance del concepto de buen vivir¹¹. Por ello, a la hora de estudiar la incidencia que una estrategia de desmercantilización puede tener sobre las propuestas del buen vivir, se debe aclarar que se parte de una concepción abierta del mismo, en línea con lo apuntado por Alberto Acosta: “de lo que se trata es de construir una sociedad solidaria y sustentable, en el marco de instituciones que aseguren la vida” y “en donde lo individual y lo colectivo coexistan en armonía con la Naturaleza” (Acosta 2013: 66). Esto supone que, dentro del debate existente, la aproximación al buen vivir en el presente documento se inscribe entre las que lo consideran como una propuesta en construcción, como un horizonte interpretativo que –más allá de sus raíces andinas– está en línea con muy distintas propuestas de construcción social alternativa

11 En los últimos meses se han publicado diversos textos de interés que muestran algunas de las diferencias existentes en la interpretación del buen vivir andino. Entre ellos se encuentra un dossier titulado *En busca del Sumak Kawsay*, número 48 de la revista *Iconos* (FLACSO, Quito, 2014), coordinado por V. Breton, D. Cortez y F. García, y en el que se presentan contribuciones de, entre otros autores, A. L. Hidalgo-Capitán y A. M. Cubillo-Guevara, F. Belotti, A. Viola, o S. Vega. Recientemente se publicó una interesante compilación titulada *Bifurcación del Buen Vivir y el Sumak Kawsay* (Yachay, Quito, 2014) con textos de A. Oviedo, E. Gudynas, J. Estermann, F. Alvarez, y J. Medina.



planteadas alrededor del mundo. Y es desde esta perspectiva que se considerará la existencia de una contradicción abierta entre la idea de una sociedad solidaria y sustentable, y la existencia de una sociedad de mercado. La mercantilización presiona contra muy diversos aspectos vinculados con el buen vivir, al tiempo que reduce espacios y recursos importantes para su consecución.

Ahora bien, ¿cómo puede afectar específicamente la desmercantilización a las propuestas sobre el buen vivir? La relación entre ambas cuestiones puede observarse a partir de las tres dimensiones del buen vivir que son citadas de manera recurrente en la mayor parte de los trabajos y aproximaciones a este concepto: *la personal, la social, y la ambiental* o de inserción en el conjunto de la naturaleza.

Primero, es preciso tener en cuenta que la desmercantilización afecta a la *dimensión personal* del buen vivir en la medida en que una sociedad menos dependiente del mercado podría permitir una mayor autorrealización personal. Gran parte de la vida de las personas se encuentra condicionada actualmente por la creciente mercantilización de todo tipo de actividades, incluidas aquellas que influyen más directamente a las propias relaciones humanas o al mundo de los afectos. Las personas se ven impelidas a dedicar cada vez un mayor número de horas a realizar trabajos remunerados para poder adquirir en el mercado diversos tipos de bienes y servicios, muchos de los cuales resultan superfluos, mientras que otros responden a cuestiones que podrían ser resueltas de manera más satisfactoria en ámbitos distintos de los del mercado, especialmente cuando éste está crecientemente centralizado y resulta cada vez más anónimo. Todo ello limita considerablemente algunas opciones de las personas para dedicar más tiempo a la expansión de sus capacidades, a las relaciones humanas, al ocio, y en general

a aquellas actividades que suponen una mayor creatividad y satisfacción personal. Y al mismo tiempo, el aumento de la dependencia del mercado en todas las facetas de la vida incide en la creciente vulnerabilidad de las personas y la intensificación de la incertidumbre y la inseguridad humana frente a los constantes cambios que se producen en aquél.

Segundo, la desmercantilización tiene que ver con la *dimensión social* del buen vivir. El constante incremento del espacio del mercado está afectando de forma negativa tanto a la equidad y a la cohesión social, como a la confianza colectiva, la conformación de redes sociales, y la propia organización de la vida comunitaria. La idea de un orden social basado sobre las fuerzas del mercado y en el supuesto equilibrio resultante de la defensa de los distintos intereses individuales a través de la mano invisible ha mostrado sobradamente su debilidad. Y, paralelamente, los esfuerzos desplegados en las últimas décadas por liberalizar la economía y ampliar la esfera del mercado a todos los ámbitos han traído como consecuencia un notable aumento de la desigualdad social¹². Las sociedades son cada vez menos cohesionadas, donde las personas se ven obligadas a competir entre ellas para poder sobrevivir en mejores condiciones, dejando de lado los elementos de cooperación y colaboración que permiten incrementar la cohesión social, la confianza mutua, y la seguridad colectiva. Además, ello también incide en la propia eficiencia de la economía, ya que los costes de transacción aumentan, como es sabido, en la medida en que disminuyen las redes de confianza.

12 Ver a este respecto Milanovic (2006) o Piketty (2013).



Mención aparte merece la incidencia que, dentro de esta dimensión social, tiene la ampliación de la esfera del mercado sobre las relaciones y la equidad de género. Como ha sido numerosas veces señalado desde la economía feminista, la irrupción del mercado en diferentes aspectos del ámbito reproductivo plantea muy importantes interrogantes sobre la sostenibilidad de la vida humana¹³. Pero, al mismo tiempo, pone de manifiesto la necesidad de que la desmercantilización de una parte de dichas actividades –vinculadas especialmente al ámbito de los cuidados– descansa sobre una justa y equitativa distribución del trabajo y del tiempo entre hombres y mujeres.

Tercero y último, la desmercantilización afecta también a la *dimensión medioambiental* del buen vivir, reduciendo el impacto sobre los recursos de algunas actividades. Es necesario tener en cuenta, en este sentido, que el tamaño de los mercados influye en cuestiones esenciales para el uso de los recursos como es el transporte, lo que repercute asimismo en la ordenación del territorio y la consideración otorgada a los distintos tipos de actividades humanas. Por otra parte, la continuada presión de las últimas décadas hacia un aumento constante de producción mercantil ha derivado en una mayor utilización de energía y materiales, de la mano de la obsolescencia programada y la sustitución permanente de unos productos por otros. Ello, a la vez, dificulta los procesos de reciclaje, provoca una dependencia cada vez mayor de las personas respecto de los mercados, limitando su autonomía y capacidad de decisión.

Volviendo a los argumentos planteados y debatidos en el apartado anterior, cabría preguntarse si, además de incidir en estas

dimensiones del buen vivir, la desmercantilización puede afectar al PIB como expresión cuantitativa de la producción, y variable directamente relacionada con el crecimiento. La respuesta a esta cuestión es que, lógicamente, se podría producir un impacto en ese ámbito ya que, a fin de cuentas, el PIB refleja el valor de mercado de lo que se produce. Sin embargo, se trata de algo escasamente relevante a los efectos de lo que aquí interesa resaltar. En efecto, la desmercantilización puede generar un menor crecimiento –o incluso un descenso– del PIB, pero también puede haber una disminución del PIB sin que ello suponga una menor incidencia del mercado en la vida de las personas, ni un aumento de su bienestar¹⁴. En este sentido, la defensa de la desmercantilización que aquí se realiza no está orientada expresamente al decrecimiento, aunque eventualmente pudiera tener algún efecto en la evolución de algunas variables monetarias como el PIB.

Por último, y antes de plantear el análisis sobre las posibles vías para una estrategia de desmercantilización, conviene señalar que la presente consideración sobre el buen vivir parte de reconocer la importancia y profundidad de algunos cambios sociales producidos en los últimos dos siglos –y muy especialmente en las últimas décadas–, los cuales impiden hablar de ya sociedades o entramados sociales separados del resto. En la actualidad existen muy diferentes tipos de comunidades y sociedades humanas, que van desde el ámbito local hasta el global, atravesando un variado y complejo entramado de interrelaciones en muy distintos niveles. Ello hace que no sea posible

14 Podría recordarse a estos efectos la caída del 10% promedio del PIB/hab. en América Latina entre 1980 y 1990, o las recientes caídas del PIB/hab. en varios países europeos sin que ello haya representado, sino al contrario, una mejora en las condiciones de vida de la gente.



plantearse la construcción del buen vivir en las comunidades rurales andinas o en las aldeas del Himalaya sin tener en cuenta las limitaciones derivadas de otros ámbitos más amplios, o las alternativas a plantear. En estas circunstancias, las propuestas del buen vivir derivan en la necesidad de contemplar al mismo tiempo limitaciones, referencias, valores y anhelos que afectan al conjunto de los seres humanos, y otros aspectos que se enmarcan en las condiciones específicas y en la historia de cada sociedad y cada territorio, lo que llevaría a plantear, de acuerdo con Xavier Albó (2009), la idea de una pluralidad de buenos vivires o buenos convivires.

Polanyi, la sociedad de mercado, y otras formas de organización social

Como ya se ha señalado con anterioridad, el presente documento parte de considerar que la construcción del buen vivir, en cualquiera de sus niveles, pasa por limitar la esfera del mercado y, sobre todo, por superar la lógica del mercado como principio organizador de la sociedad, abriendo nuevos espacios para distintas formas de interrelación humana. Este vínculo entre desmercantilización y buen vivir está en realidad presente ya en distintos trabajos sobre el tema, aunque en ellos no se haya profundizado en esta cuestión. Así, por ejemplo, Alberto Acosta señala que “lejos de una economía sobredeterminada por las relaciones mercantiles, se promueve una relación dinámica y constructiva entre mercado, Estado y sociedad”(Acosta 2013: 143-144), mientras que en otro texto, el mismo autor plantea junto a Eduardo Gudynas que “el Buen Vivir es un concepto que se cimienta en un entramado de relacionidades, tanto entre humanos como con el ambiente, en vez de una dualidad que separa a la sociedad de su entorno y a las personas entre sí” (Gudynas y Acosta 2011: 81).

El propósito del presente documento es concretar un poco más todo ello, para lo que nos basaremos en la crítica de la sociedad de mercado planteada en 1944 por Karl Polanyi, y en las tres categorías –ya clásicas– que propuso para estudiar las formas de integración social, como maneras principales que, a lo largo de la historia, han servido para vertebrar y organizar la sociedad para lograr su sustento y su reproducción mediante algún tipo de interacción institucionalizada: la reciprocidad; la redistribución; y el intercambio a través del mercado (Polanyi 1944). Una breve síntesis sobre el significado de estas tres categorías permite resaltar los siguientes aspectos o características de cada una de ellas.

En primer lugar, la *reciprocidad*, como elemento de integración social, implica una cierta *relación de simetría*, lo que vendría a suponer que los diferentes miembros o grupos están en condiciones homologables de dar y de recibir, actuando de forma similar en ambas direcciones¹⁵. Implica asimismo una *racionalidad distinta* a la utilitarista convencional, no basada en el egoísmo pero tampoco necesariamente en el altruismo; una forma de relación basada en la aproximación mutua, el conocimiento del *otro* o de los *otros*, y en el establecimiento de algún tipo de vínculo o de sentimiento afectivo. La reciprocidad se basa por último en un *principio de organización social*, que trasciende los aspectos económicos y tiene que ver con cuestiones simbólicas, de prestigio, lo que sustenta una institucionalidad basada en buena medida en la confianza. En este sentido, la existencia de una parte de gratuidad o de desinterés ha sido muchas veces defendida como fundamento de una relación social más sólida.

15 En algunas aproximaciones, la noción de reciprocidad tiende a sintetizarse en una triple obligación no escrita: dar, recibir, devolver.



En segundo término, la *redistribución* constituye una forma de integración social que implica la existencia de una cierta *relación piramidal* o de agrupamiento basada en una centralidad ya que, a diferencia de la reciprocidad, la apropiación no se produce desde puntos diferentes y simétricos, sino que se basa en movimientos de aproximación hacia un centro y luego hacia el exterior. Supone también la necesidad de algún *patrón redistributivo*, de una pauta en base a la cual llevar a cabo tanto la agrupación como el reparto, lo que requiere un pacto sustentado en la costumbre o en la ley¹⁶. E implica por último una *institucionalidad* reconocida y aceptada sobre la que hacer descansar los esquemas redistributivos, la cual puede adoptar múltiples formas y escalas.

Finalmente, en tercer lugar, se encuentra el *intercambio a través del mercado*, como otra forma de organización social, que puede contribuir a la satisfacción de las necesidades derivadas del funcionamiento de las sociedades humanas, su sustento y su reproducción. Este tipo de intercambio ha adoptado muy diferentes formas a lo largo de la historia en unos y otros tipos de sociedades pero supone la posibilidad de una *relación entre puntos dispersos o fortuitos del sistema*¹⁷. Ello requiere que, para poder generar integración, asociación entre las partes, el intercambio precise de un sistema de mercado que se rija en base a precios y a mecanismos de oferta y demanda. Ahora bien, ello requiere también de una racionalidad utilitarista, que

16 Lógicamente los patrones redistributivos y las referencias para los mismos han ido variando a lo largo de la historia, desde los sistemas de protección hacia las personas más vulnerables de las comunidades más antiguas hasta los distintos sistemas de protección social universal de las sociedades contemporáneas.

17 Esto no implica que en determinados mercados locales, factores como la cercanía o el conocimiento previo no puedan influir sobre su funcionamiento o sobre la mayor o menor flexibilidad de los precios.

incide en la consideración de las opciones más ventajosas a la hora de comprar o vender. Y significa igualmente la necesidad de una cierta institucionalización, de unas reglas –más o menos precisas según el grado de complejidad social– para que el mercado pueda funcionar.

Estas tres formas de integración, de vertebrar u organizar la sociedad mediante una interacción institucionalizada, no se plantean de manera aislada, sino que han coexistido en el seno de casi todas las sociedades. Lo que diferencia y caracteriza a la economía *de* mercado es que dicha institución –al revés de lo ocurrido en otros contextos históricos y culturales– es en la actualidad absolutamente hegemónica, condicionando todo el funcionamiento social. Ahora bien, ¿cómo se ha producido la institucionalización de la economía de mercado, el proceso de construcción de la sociedad de mercado tal como hoy la conocemos? A pesar de que no es el propósito de este trabajo profundizar en esta cuestión, por otra parte descrita ya por el propio Polanyi en *La Gran Transformación*, conviene subrayar algunas de las características más relevantes de este proceso, así como sus consecuencias más importantes en algunos ámbitos ya que ello puede ayudar al análisis sobre la relación entre desmercantilización y buen vivir.

Lo primero que es preciso recordar es que la acelerada mercantilización de la vida social ha requerido de una *base ideológica*, para lo que fue necesario promover, elevando a categoría, la idea de organizar el sustento de la sociedad partiendo del móvil individual de la ganancia, frente al móvil de la subsistencia colectiva. De esta manera, la idea *homo economicus* se erigiría en el fundamento del orden social, como principio organizador de la sociedad de mercado, en la que, a su vez, la idea de la escasez se convertiría en el eje de la teoría económica. En segundo término, dicho proceso ha ido de la mano de la *creciente separación de las personas respecto de los medios de subsistencia*, lo que les



fuerza a que, necesariamente, tengan que obtener su sustento a través del mercado. Y en tercer lugar, la mercantilización forzosa de la sociedad ha requerido de una *institucionalización de la sociedad de mercado*, de unas estructuras de apoyo (legislaciones, códigos, instituciones, etc.) orientadas a destruir las bases sociales preexistentes y sin las cuales difícilmente hubiera podido consolidar una hegemonía tan extraordinaria.

Las consecuencias de este proceso han afectado a todos los órdenes de la vida humana. Por una parte, se ha producido una casi completa mercantilización del trabajo, convirtiéndolo exclusivamente en mercancía intercambiable por dinero. De esa manera se han ido eliminando otras formas de trabajo social, voluntario, comunitario, etc. a la vez que se ha pretendido invisibilizar el trabajo no remunerado que se lleva a cabo en la esfera reproductiva –realizado mayormente por mujeres– profundizando así la discriminación en función del género. Por otra parte, se ha profundizado en la mercantilización de la naturaleza, llevándola hasta sus últimas consecuencias, convirtiéndola en simple mercancía los recursos naturales –y hasta pretendiendo patentar formas de vida–. Ello ha producido una separación casi absoluta entre el ciclo económico y el ciclo de la vida, con el consiguiente impacto sobre la insostenibilidad y crisis del modelo. Esto es, en suma, una mercantilización del conjunto de la vida, donde la sociedad pasa a ser considerada y gestionada como elemento auxiliar del mercado, quedando todo incluido y condicionado a su funcionamiento. La mercantilización creciente y forzosa a la que se ha venido asistiendo presiona contra el buen vivir en la medida en que reduce espacios para la realización personal, quebranta la solidaridad y la cohesión social, afecta negativamente al trabajo reproductivo y la equidad de género, disminuye la sostenibilidad, y merma la confianza colectiva. En estas condiciones, la desmercantilización de la sociedad se presenta a la vez como una necesidad y como una oportunidad para el avance hacia el buen vivir. De ahí que sea útil

plantear, siquiera como ejercicio teórico, las implicaciones y las posibles limitaciones de una estrategia de esta naturaleza.

Reciprocidad, redistribución, y redimensionamiento del mercado

De acuerdo con lo señalado en el punto anterior, y considerando las tres principales categorías de interrelación social planteadas por Polanyi, se cree que existe un interesante campo para explorar una estrategia de desmercantilización basada en tres pilares fundamentales: reciprocidad, redistribución, y redimensionamiento del mercado.

El propósito de este apartado final es debatir sobre las potencialidades y los problemas que enfrenta cada una de estas propuestas. Ello implica analizar los elementos o bases teóricas que cada una de ellas puede aportar a la construcción del buen vivir y, al mismo tiempo, considerar en qué medida pueden tener aplicabilidad o viabilidad práctica en diferentes niveles y en distintos tipos de sociedades.

La reciprocidad y el buen vivir

La *reciprocidad* plantea elementos de gran interés para avanzar en la desmercantilización en la medida en que se trata de un tipo de relación social que puede contribuir a la cohesión social y al aumento de la confianza mutua, favoreciendo a la mayor equidad, así como al desarrollo de capacidades colectivas.

Una relación social con base en formas de reciprocidad puede también beneficiar a la democracia y la participación, puesto que incrementa la capacidad de decisión de la gente y su empoderamiento. Del mismo modo, puede dar cabida a múltiples tareas asociadas a los cuidados y a la esfera reproductiva, lo



que trabaja a favor de la equidad de género siempre que no implique que tareas que hoy en día se han mercantilizado vuelvan a ser responsabilidad única de las mujeres.

Sin embargo, es preciso tener en cuenta que la reciprocidad ha sido normalmente asociada a las sociedades locales y a la vida comunitaria, espacio donde esta forma de relación social ha encontrado su cauce natural. Ello plantea la necesidad de considerar algunos problemas presentes en las actuales sociedades abiertas y plurales, los cuales no pueden obviarse a la hora de proponer alternativas con base en la reciprocidad. Uno de estos problemas es el elevado grado de centralización así como la creciente individualización de las relaciones entre las personas, especialmente en el mundo urbano, lo que dificulta el ejercicio de la reciprocidad. Ciertamente, la reciprocidad no depende en todo de la cercanía, pero es evidente que guarda una cierta relación con ella. Otro asunto a tener en cuenta es la ya mencionada separación radical que existe actualmente entre los seres humanos y los medios de subsistencia, lo que en muchos ámbitos –especialmente urbanos– puede constreñir las relaciones de reciprocidad al ámbito de lo inmaterial.

En consecuencia, la idea de la reciprocidad como una alternativa a la mercantilización creciente presenta problemas en las actuales sociedades complejas y abiertas. Ahora bien, ello no significa que no haya caminos por explorar ni experiencias a tener en cuenta. En este sentido, además de las múltiples posibilidades que la reciprocidad plantea en los ámbitos locales (no sólo en el ámbito rural, sino también en los barrios de las ciudades, en las comunidades de vecinos, etc.), existen hoy en día interesantes experiencias de intercambio recíproco en la red como las iniciativas P2P (*peer to peer*), los bancos de tiempo, y otras, que pueden permitir ganar espacios al mercado, favoreciendo formas de vida más acordes con el buen vivir.

La redistribución y el buen vivir

La *redistribución* constituye la segunda vía a tener en cuenta en una estrategia de desmercantilización para el buen vivir. Frente a las relaciones basadas únicamente en el mercado y en la necesidad de que las personas afronten individualmente sus problemas independientemente de su condición, la *redistribución* favorece una mayor equidad y cohesión social, contribuyendo también a la confianza mutua y al bienestar colectivo.

En esa misma línea, la apuesta por elementos de redistribución frente a la lógica del mercado contribuye a la idea del bien común frente al interés individual, al tiempo que obliga a profundizar y consensuar democráticamente los objetivos cambiantes sobre los que basar la redistribución. Además, la redistribución, como elemento de relación social, puede contribuir a la eficiencia social y ecológica, mediante la provisión de servicios públicos sostenibles, no necesariamente rentables en términos estrictamente de negocio.

Así como la reciprocidad suele asimilarse a la comunidad, la idea de redistribución ha sido asociada normalmente a los ámbitos gubernamentales y, muy especialmente, al Estado-nación. Es cierto que han existido a lo largo de la historia formas de organización social basadas en la redistribución con mucha anterioridad a la aparición del Estado, las cuales han estado además presentes en muy distintos contextos culturales. Ahora bien, es preciso señalar que, en las sociedades contemporáneas, buena parte de las propuestas teóricas y políticas en clave redistributiva han tenido al Estado como pilar esencial de la estrategia. De ahí que, en la actualidad, el desbordamiento fáctico del Estado-nación y la primacía de procesos económicos globalizados, plantean además una serie de retos para las estrategias redistributivas que es preciso tener en cuenta.



Entre los desafíos está la necesidad de contemplar diferentes escalas redistributivas que van desde lo global hasta lo local, lo que requiere una institucionalidad diversa y compleja en línea con lo que se ha venido a llamar gobernanza multinivel. Al mismo tiempo, existe una creciente dificultad de establecer criterios redistributivos basados en la equidad y la eficiencia social que demandan a su vez acuerdos sobre formas de vida justas, deseables y/o sustentables, en un contexto de referencias culturales múltiples y cambiantes. En ese sentido, no puede obviarse que el carácter multicultural de las sociedades actuales hace que no se parta ya de códigos culturales compartidos, de intereses colectivos más o menos definidos por la costumbre o las características de la comunidad, sino que sea necesario un ejercicio de ciudadanía y de responsabilidad colectiva capaz de sustentar cualquier estrategia de redistribución.

84

Sin embargo, y pese a estos problemas, la redistribución como alternativa a la mercantilización sigue siendo una cuestión fundamental que requiere tratamientos distintos a diversas escalas. Desde iniciativas locales como los bancos de alimentos, o la exención de tasas a sectores más vulnerables en la provisión de algunos servicios básicos, hasta llegar a las propuestas sobre fiscalidad internacional, pasando por las siempre necesarias medidas redistributivas a escala de cada país como es el caso de las reformas agrarias. El abanico de posibilidades es grande, pese a las dificultades existentes.

El redimensionamiento del mercado y el buen vivir

Finalmente, en tercer lugar, es preciso considerar también las posibilidades existentes en el propio ámbito del intercambio de mercado. Se trata de propuestas que irían en la línea de un *redimensionamiento el mercado* y de una reconsideración del

papel que el mismo juega y debe jugar en la sociedad, con el objetivo de transitar de una sociedad *de* mercado hacia una sociedad *con* mercados.

La existencia del mercado y la satisfacción de parte de las necesidades a través del mismo son muy anteriores al capitalismo. A lo largo de la historia, se han mostrado un buen número de ventajas que ofrecen algunas formas de mercado como elemento de relación social; entre ellas se encuentra la posibilidad de facilitar el contacto y la complementariedad a la hora de hacer frente a necesidades humanas distintas entre las personas y las instituciones que forman parte de la sociedad. Tampoco es desdeñable la oportunidad que brindan los intercambios a través del mercado de conocer formas diversas de satisfacer dichas necesidades de manera más provechosa o eficiente en términos sociales o ecológicos o incluso la posibilidad de ofrecer medios de vida a personas que están más directamente involucradas en la actividad mercantil.

Sin embargo, no es menos cierto que, en la actualidad, el tamaño, la complejidad y la centralización de la mayoría de los mercados dificultan notablemente una repercusión más positiva de los mismos en términos sociales o ecológicos. Ello guarda estrecha relación con la creciente dificultad de control desde la sociedad y desde las instituciones de dichos mercados que escapan al escrutinio público y acaban imponiendo sus propias normas al conjunto de la sociedad. Por ello, la posibilidad de redimensionar los mercados va indisolublemente unida al debate de algunos retos principales.

En primer lugar, debe plantearse la necesidad de limitar la escala de los mercados, favoreciendo el funcionamiento de mercados locales, en pos de una mayor cohesión interna desde la perspectiva de la rentabilidad social y del medio plazo. Al mismo tiempo, se requiere abordar el debate sobre la limitación del objeto,



lo que implica algunas decisiones sobre lo que puede o no ser mercantilizable. Y, por último, es preciso generar una institucionalidad a diferentes escalas, capaz de limitar los abusos que casi necesariamente se generan en el funcionamiento del mercado, y estableciendo una clara regulación del mismo para hacer que funcione –y no al revés– al servicio de la sociedad.

Es evidente que se trata de retos complejos que requieren iniciativas y esfuerzos capaces de superar las dificultades presentes en las sociedades actuales. Sin embargo, existen hoy en día experiencias diversas para estudiar y analizar, las cuales pueden representar el germen de alternativas para una descentralización y democratización de los mercados que podrían favorecer una paulatina desmercantilización de la sociedad. Se trata, además, de propuestas e iniciativas que pueden facilitar la compatibilidad de unos mercados redimensionados con estrategias de reciprocidad y de redistribución como las apuntadas con anterioridad. En este ámbito se sitúan distintas prácticas sociales que, aun dentro de la esfera del mercado, apuestan por un redimensionamiento y una reorientación del mismo. Entre ellas pueden citarse las iniciativas de comercio justo, algunas cooperativas consumo, instituciones microfinancieras y banca ética, alternativas de crowdfunding, mercados alternativos, etc. En la mayor parte de los casos se trata además de propuestas que priorizan los mercados locales favoreciendo de esa forma su función como elemento vertebrador de la sociedad.

Conclusión

En este punto, no se trata de plantear conclusiones acabadas, ya que la pretensión principal de este trabajo es abrir el debate y proponer vías de discusión. En cualquier caso, sí se puede constatar la existencia de una gran variedad de propuestas, ini-

ciativas y experiencias que, de una u otra forma, se basan en las tres estrategias de desmercantilización aquí analizadas: la reciprocidad, la redistribución, y el redimensionamiento del mercado.

Tras analizar experiencias y prácticas sociales –que se enlazan con distintos debates y propuestas teóricas, que vienen ocupando el espacio del pensamiento crítico y que, pese a presentarse de diferentes formas, responden a un impulso similar. Se habló y debatió sobre economía solidaria, consumo responsable, economía de la felicidad, democratización de la economía, economía del bien común, comercio justo, economía del don, reciprocidad, reproducción ampliada de la vida, buen vivir, vivir bien, etc. Muchos de ellos son, como acertadamente señala Jose Luis Coraggio (2011: 34), “nombres, prácticas, criterios y sentidos que se buscan mutuamente”. Se debe añadir que se trata también de propuestas que necesariamente se sitúan en la lógica del post-crecimiento y para cuyo avance se requiere un proceso significativo de desmercantilización de las actividades humanas. Por ello, se considera de interés resaltar algunas ideas que se derivan de este trabajo:

- La sociedad de mercado es contraria al buen vivir, en la medida en que forja seres humanos dependientes, crecientemente insatisfechos y vulnerables, destruye las bases de la cohesión social, y genera un modelo insostenible desde el punto de vista de la utilización de recursos.
- El objetivo del crecimiento económico descansa sobre la creciente mercantilización del conjunto de las actividades humanas y de la naturaleza, simbolizando el valor monetario atribuido a las mismas en el mercado, al margen de su valor social y de su contribución al bienestar humano (y al buen vivir).



- Las estrategias orientadas al buen vivir y a la búsqueda de alternativas de organización social no pueden reposar en el crecimiento, pero tampoco tienen que asociarse necesariamente a la idea del decrecimiento, ya que ambas cosas pueden entenderse en clave de mercado. Es necesario salir de la lógica del crecimiento y entrar en una era de post-crecimiento.
- La desmercantilización está vinculada al impulso de la reciprocidad y la redistribución, y también al redimensionamiento del mercado, como fórmula o camino principal para avanzar hacia otro modelo de relaciones humanas.
- La articulación de estos patrones dependerá de situaciones espacio-temporales concretas, conformadas por estructuras institucionales que les den sentido. Y esas formas e instituciones pueden basarse, en distintas proporciones y según las circunstancias, en la reciprocidad, la redistribución, y el intercambio de mercado, sin que este último constituya una forma hegemónica que anule las otras dos.
- Ello invita a pensar en distintos “*entramados de relaciones*”, es decir, en distintas formas de organización del buen vivir o de otros modelos alternativos de organización de la vida social, lo que deberá ajustarse a la particularidad de las circunstancias históricas y culturales en línea con la idea de buenos vivires. Pero además, en las actuales circunstancias históricas, la necesaria convivencia entre esas diversas formas de organización social en base a algunas referencias y valores comunes, así como la existencia de un mundo crecientemente interdependiente, obligan a pensar en clave de buenos convivires.

Bibliografía

- Acosta, Alberto (2013). *El Buen Vivir, Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos*, Icaria-Antrazyt, Barcelona.
- Albó, Xavier (2009). *Suma Qamaña = El Buen Convivir*, CIPCA, Bolivia.
- Álvarez Cantalapiedra, Alfons Barceló Santiago, Carpintero Óscar, Carrasco Cristina, Martínez Ángel, González-Tablas, Albert Recio y Roca Jordi. (2012). "Por una economía inclusiva. Hacia un paradigma sistémico", en *Revista de Economía Crítica* Nº 14, pp. 277-301.
- Aries, Paul (2005). *Decroissance ou barbarie*. Golias, Villeurbanne.
- Attali Jacques, Castoriadis Cornelius, J. M. Domenach, Massé Pierre y Morin Edgar (1979). *El mito del desarrollo*, Kairós, Barcelona.
- Bermejo Roberto, Iñaki Arto, Hoyos David y Garmendia Eneko (2010). *Menos es más: del desarrollo sostenible al decrecimiento sostenible*. Cuadernos de Trabajo Nº 52. Instituto Hegoa - UPV/EHU. Bilbao.
- Bonaiuti, Mario (2006). "A la conquista de los bienes relacionales", en *Revista Silence*, monográfico *Objetivo Decrecimiento*, Leqtor, Barcelona.
- Breton Victor, Cortez David y García Fernando (coords.) (2014). "En busca del Sumak Kawsay", en *Revista Íconos* Nº48, Flacso, Quito.
- Carrasco, Cristina (2001). "La sostenibilidad de la vida humana ¿un asunto de mujeres?", en *Mientras Tanto* Nº 82, Barcelona.



- Coraggio, José Luis (2011). *Economía Social y Solidaria. El trabajo antes que el capital*. Abya-Yala, Quito.
- Gudynas, Eduardo y Acosta, Alberto (2011). "El Buen Vivir, más allá del Desarrollo", en *Quéhacer* N° 181, DESCO, Lima.
- Hamilton, Clive (2003). *Growth Fetish*, Allen & Unwin, Sidney.
- Hirsch, Fred (1977). *Social Limits to Growth*, Harvard University Press.
- Hirschman, Albert O. (1964). *La estrategia del desarrollo económico*. FCE. México.
- Latouche, Serge (2006). *Le pari de la décroissance*. Fayard. París, 2006
- Martínez Gonzalez-Tablas, Ángel (2011). "La financiarización de la economía actual", en *Papeles de relaciones eco-sociales y cambio global*, N° 114. Madrid, pp. 25-36.
- Max-Neef, Manfred (1994). *Desarrollo a escala Humana*, Nordan-Icaria, Barcelona.
- Meadows, Donella H., Dennis Meadows *et al.* (1972). *The limits to growth*. Potomac Associates Books, Nueva York.
- Milanovic, Branko (2006). *La era de las desigualdades*, Ed. Sistema, Madrid.
- Mishan, Ezra J. (1989). *Los costes sociales del desarrollo económico*, Oikos-Tau, Barcelona.
- Piketty, Thomas (2013). *Le capital au XXIe siècle*, Seuil, París.

- Polanyi, Karl (1944). *The Great Transformation*. Beacon Press. Boston, Massachusetts.
- Scitovski, Tibor (1976). *The Joyless Economy*, Oxford University Press, Oxford.
- Sen, Amartya (1983). "Los Bienes y la Gente", en Comercio Exterior, Vol. 33, Nº 12. Banco Nacional de Comercio Exterior. México.
- Unceta, Koldo (2012). "Crecimiento, Decrecimiento, y Buen Vivir", en A. Guillén y M. Phélan (Comps.): Construyendo el Buen Vivir, PYDLOS-Universidad de Cuenca, Cuenca, pp. 85-96.
- _____ (2013). "Decrecimiento y Buen Vivir ¿paradigmas convergentes? Debates sobre el postdesarrollo en Europa y América Latina", en Revista de Economía Mundial Nº 35, pp. 197-216.
- Von Weizsäcker, Ernst U., L. Hunter Lovins, y Amory B. Lovins (1997). *Duplicar el Bienestar con la mitad de recursos naturales*, Galaxia Gutemberg, Barcelona.